

SEPTENARIO DE DOLORES.

DIA I.º

PROFECÍA DE SIMEON.

*Et tuam ipsius animam pertransibit
gladius.*

Luc. II. 15.

Un Dios, inmutable, eterno, inmenso, figura de la substancia del Padre, esplendor de su gloria, viva imágen de su Divinidad, y único Dios con el Padre, y el Espíritu Santo en unidad de esencia; un Dios, repito, engendrado por toda la eternidad en el esplendor de los santos del útero fecundo de su Padre celestial, y humanado en tiempo, por su amor al hombre, en el vientre

virginal de una doncella por obra del Espíritu Santo; un Dios hombre, que por nuestra salud se ofrece voluntariamente á los mayores tormentos y á la afrentosa muerte de una cruz; y María, verdadera Madre de este Dios hombre, fiel testigo y compañera inseparable de sus penas, que ofrece al Padre Eterno el mismo sacrificio que su Hijo, derramando la sangre de su corazon, mientras aquella de sus venas, como se explica un padre de la Iglesia; ¿no son estos, señores, los dos augustos personajes, objeto de la profecía de Simeon? ¿no es la pasion y muerte del adorable Salvador de los hombres la penetrante espada de dolor que debe traspasar el corazon de María? Además, ¿no fueron nuestras culpas los principales artífices y executores de esta trágica y augusta escena? ¿No es la enmienda del pecador y la detestacion del pecado el fin con que la Iglesia, siempre so-

lícita de sus hijos , nos recuerda la afrentosa muerte de su Esposo y los dolores de María?

¿A qué fin pues me cansaria yo en discurrir asuntos peregrinos y delicados , que solo servirian de llamar vuestra atencion , y deleitaros en este Septenario que vuestra devocion consagra anualmente á los dolores de María santísima? ¿Porqué ante todas cosas no procuraré desarraigat de vuestro corazon el gérmen de estas aflicciones, que fueron vuestras culpas, las cuales segun S. Pablo , crucifican de nuevo á Jesucristo , y renuevan de consiguiente los dolores de su augusta Madre?

No espereis pues , hermanos mios, no espereis de mí en estas siete tardes , piezas de una elocuencia fastuosa , mas á propósito para divertirlos que para edificarlos. Yo me glorío en esta hora con el Apóstol, de saber á Jesucristo crucificado por

nuestras culpas. Ellas en efecto que fueron la causa de la afrentosa muerte del hombre Dios y de los dolores de su Madre , serán únicamente el objeto de mis invectivas.

Mas como los vicios son innumerables en el pueblo cristiano, para proceder con algun orden en la materia , me ceñiré á hablaros en cada tarde de uno de los pecados capitales , compendio y funesto origen de todos los demas. Ellos en efecto fueron otras tantas espadas agudas que penetraron el corazon de María al oír el vaticinio de Simeón, previendo que serian la ruina de innumerables almas. Su malicia pues, sus tristes efectos , y los medios de corregirlos , servirán de principal materia á mis discursos , dirigidos únicamente al honor de Dios y de su Madre , y á vuestra salud eterna. Empecemos por la destestacion de la soberbia , y procedamos con la bendicion de aquel au-

gusto y soberano Señor Sacramentado.

I. La soberbia, este primer vicio entre los capitales, consiste en cierto amor desordenado de sí mismos, ó de propia excelencia sobre los demas. El soberbio ni quiere sujetarse á ley ni á superior. Enamorado de sí mismo, cree pertenecerle por derecho la preferencia á todos. Mira á los demas como á viles insectos de la especie humana, criados únicamente para obsequiarle, obedecerle y rendirle homenaje. Embriagado con la idea de esta aprendida excelencia luciferina, solo halla perfecciones en sí mismo. Su talento es el mas vivo, sus luces las mas penetrantes, sus dictámenes los mas prudentes, sus dones, ya sean naturales ó ya sobrenaturales, son los mas excelentes; y como si no fuese de Dios lo que posee, usando de un tono farisaico, se gloria no ser como los demas hombres.

Este vicio abominable, origen fu-

nesto de todos los pecados, segun la frase del Eclesiástico, fue la primera espada de dolor que penetró el tierno corazón de María al oír el oráculo del santo Simeon. ¿Avanzo alguna paradoxa, señores? Nada menos. ¿Quién de vosotros ignora, que la soberbia fue el primer pecado del mundo, y el que abrió puerta franca á los demas? ¿No fue ella la que hizo rebelar á Luzbél contra su Criador? Engreido con su propia excelencia, lleno de arrogancia y de orgullo, osó decir en su corazón ingrato: subiré al cielo, exaltaré mi sólio sobre los astros de Dios, me sentaré en el monte del testamento sobre las nubes, y seré semejante al Altísimo.

¿No fue tambien el espíritu de soberbia, ó desordenado amor de sí mismo, el que hizo á Adán prevaricador del precepto que Dios le habia impuesto? ¿No se propagó este crimen á todos sus descen-

dientes, de generacion en generacion hasta la consumacion de los siglos? En fuerza de este delito de origen, ¿no nacimos todos hijos de ira y del pecado, privados de obtener la bienaventuranza, y adictos á una pena eterna? ¿Quién era capaz de borrar este decreto, fulminado por el Señor contra la soberbia del hombre, sino la sangre de un Dios sacrificado por nuestra salud?

Si este sacrificio pues es el que anuncia Simeon á María en el momento de presentar á su Hijo en el templo, para ofrecerlo á su Eterno Padre; ¿no podré yo deciros con verdad, que la soberbia, origen de todos los pecados del mundo, por los cuales venia Jesucristo á padecer y morir, fue el primer dolor, la espada penetrante que traspasó el corazon de esta Madre compasiva? Iluminada por Dios, veia en aquel momento la multitud de almas, que arrastradas del espíritu de orgullo

y de soberbia, perderian en el transcurso de los siglos el fruto de tan copiosa redencion.

II. ¡Ah! ¿quién es capaz de ponderar el dolor de esta Señora al ver los tristes efectos que este vicio capital y abominable produciria en el mundo cristiano? ¿Quién creyera, señores, que este espíritu luciferino, que desde la mas alta elevacion precipitó al profundo del abismo á los ángeles rebeldes; que hizo caer de su excelencia á nuestros primeros padres, y que fuesen arrojados del paraíso; que trastornó la torre de Babel, y sumergió en el mar Roxo á Faraon y sus tropas; que postró á Goliath, suspendió á Amán, é hizo perecer á Nicanór, Antíoco y Senaquerib; que por espacio de siete años hizo pacer á Nabucodonosor entre las bestias del campo: quién creyera, repito, que tan abominable espíritu, monstruo tan detestable, no hubiese quedado

sepultado entre las tinieblas y ruinas de aquellos siglos remotos, en que aún no resplandecian las luces del evangelio?

Pero la lástima inconsolable es, que sea tan universal en el pueblo cristiano un vicio tan abominable y de tan funestas consecuencias. Dios, que detesta la arrogancia y la soberbia, ha revelado que humillará á los espíritus fuertes y vanagloriosos de la tierra, deprimiendo hasta el abismo á los soberbios. A pesar de estos terminantes oráculos, que perecerá antes el cielo y la tierra que falte un ápice de su cumplimiento; ¿qué cosa mas comun en el mundo que el orgullo y soberbia de la vida? Como todas las cosas cooperan al bien de los que aman á Dios, segun el Apóstol, asimismo sirve todo de incentivo á los soberbios para engreirse en su propia excelencia.

Los demas vicios, dice un sabio

cardenal, solo acometen á las virtudes que los destruyen; la luxuria, por exemplo, á la pureza; la ira á la paciencia &c.; pero la soberbia se opone á todas las virtudes del ánimo, y á manera de una dolencia general y pestilente, las corrompe todas. La sabiduria, la nobleza, las riquezas, el favor de los grandes, el valimiento del príncipe, las bellas dotes del cuerpo y del espíritu, que en las miras de Dios debian solo servir de estímulo de gratitud ácia el Criador, y de beneficencia para nuestros hermanos, ¿no son para el soberbio otros tantos incentivos de su amor propio, de su vanagloria y su arrogancia? La mesa espléndida, el luxo del vestido, la magnificencia del tren, el trato áspero para con los criados, duro para con los pobres, é insociable respecto de todos, ¿no es el carácter ordinario de las gentes del gran mundo, y que manifiesta bien al

vivo la soberbia de su vida y orgullo de su corazon? ; Qué vanagloria , qué jactancia , qué presuncion , qué pertinacia , qué altivez , qué espíritu de discordia no muestran en sus palabras , en sus ademanes y en sus obras estos esclavos de la soberbia !

Miserables hijos de Adán , ¿ qué tenéis que no hayais recibido ? os diré con S. Pablo. Si todo lo habeis recibido de Dios , ¿ por qué os gloriáis como si así no fuese ? Hombrés de tierra , divinidades de barro , si juzgais ser algo , siendo nada , os engañais , como se explica el mismo Apóstol. ¿ De qué os ensoberbecéis siendo polvo y ceniza ? Hijos del pecado , cubiertos de la lepra de los vicios , ¿ inciertos de vuestra suerte eterna , ¿ en qué fundais esa arrogancia , ese orgullo , esa altivez ? Subid , os ruego , de generacion en generacion hasta vuestro origen , y hallaréis que vuestro primer padre

solo os dexó por título de herencia la muerte y el pecado. Insensatos , por mas que en vida querais elevaros sobre los cedros del Líbano , vendrá un dia en que rodeis á los pies del trono de Dios , que confundirá vuestra soberbia en los abismos. Si os parece duro este language , él es el de las santas escrituras. Huid pues en tiempo de la ira futura , y humillaos baxo la mano poderosa del Señor , para que os exalte al tiempo de su visita , como se explica S. Pedro.

Este es , señores , el único medio de corregir el vicio capital de la soberbia , y evitar sus funestas consecuencias. Así nos lo enseñan las santas escrituras y el exemplo de Jesucristo y de su Madre , principalmente en la ocasion de sus mayores aflicciones. Dios , dice el Apóstol , resiste á los soberbios , y da gracia á los humildes. A estos salvará , como David se explica. La oracion del humilde , dice

el Eclesiástico, penetrará las nubes, y no desistirá hasta que el Altísimo condescienda á sus ruegos. No atrae con tanta eficacia la piedra imán al fierro, como á la gracia la oracion del humilde; porque Dios, segun la expresión de David, no sabe despreciar un corazon contrito y humillado.

¿Qué ilustres monumentos de esta verdad nos presenta la historia de nuestra religion! Nínive floreciente y altiva se entrega á los desórdenes, y humillada con el ayuno, el saco y la ceniza, obtiene el perdon de Dios. Israel en su prosperidad, llena de orgullo, incienza á los ídolos, y humillada en la cautividad, adora al Dios de sus padres. Manásés, altivo con el poder de su trono, blasfema y hace blasfemar el nombre del Señor, que se le mostró benigno é indulgente cuando le vió humillado y contrito entre cadenas. Saulo, soberbio en el esplendor de su secta, persigue á

los cristianos con implacable ódio, y humillado su corazon á la voz de Jesucristo en el camino de Damasco, se convierte en vaso de eleccion.

¿Mas para qué me canso, si la sabia economía de Dios aplicó la mayor exáltacion á la mas profunda humildad? El Señor se hizo humilde, dice S. Agustin, para confusion del hombre soberbio. Siendo mas elevado que los cielos, se anonadó á sí mismo, tomando forma de siervo. Humillóse hasta la muerte afrentosa de cruz, y por tanto Dios lo exáltó, y le dió un nombre superior á todo nombre, ante quien se postran los cielos, la tierra y los infiernos. Ademas, esta es la importante leccion que nos da Jesucristo en su evangelio cuando dice: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.* En efecto desde la cátedra del pesebre hasta la cruz no cesó de inculcarnos esta celestial doctrina con sus palabras y su

exemplo, amonestándonos que el que se ensoberbeciere será humillado, y ensalzado el que se humillare; porque como el pecado entró en el mundo por la soberbia, es indispensable que sea destruido por la humildad.

María pues, que debió á esta virtud todas las bendiciones de los pueblos, como lo afirma en su cántico, siempre la exercitó en grado heroico, principalmente cuando consideraba la pasion y muerte de su Hijo por los pecados del género humano. Verdadera imitadora de Jesucristo, humilla su corazon á las altísimas disposiciones del Eterno, y á pesar de su inexplicable dolor, repite con un profeta en armoniosa consonancia con su Hijo: á la frente del gran libro de los decretos de Dios está escrito que haga vuestra voluntad; yo la acepto, Señor, y la obedezco con todo mi corazon: aqui está vuestra sierva, hágase en mí segun tu beneplácito. Recibid las

efusiones de mi alma en holocausto por el hombre; y si no puede ser que dexé de beber este cáliz, hágase tu voluntad y no la mia. Yo soy un gusano y no hombre, oprobrio de los hombres, y desprecio de la plebe. Vos no habeis apreciado la sangre de los animales: las hostias, las oblacones, los holocaustos no os han agradado; pero me habeis dado un cuerpo sujeto á los tormentos y á la muerte: héme aqui pronto. *Corpus autem aptasti mihi; tunc dixi: ecce venio.*

Grandes de la tierra, poderosos del siglo, avergonzaos de ser soberbios, á presencia de la humildad profunda de Jesucristo y de su santa Madre en el conflicto de sus mayores aflicciones, y entre las mas atroces injurias. Reconoceos á vosotros mismos; es decir, vuestra nada, vuestra miseria, vuestra vileza propia, y la grandeza del Hombre Dios y de su Madre, á quienes tanto hizo

penar vuestra soberbia. Arrojad de vosotros ese espíritu de arrogancia, de orgullo y altivéz, que os aturde y encadena para el abismo. Fixad vuestra atencion en Jesucristo crucificado y en su dolorosa Madre, y aprenderéis á ser mansos y humildes de corazon. Humillaos en fin baxo la mano poderosa del Señor, si quereis ser exáltados en el dia del juicio. Este es el culto principal que María espera de vosotros, y el fin que debe conducirnos á los exercicios de este devoto Septenario consagrado á su nombre.

o Augusta y soberana Madre: vuestros hijos, que adoptásteis sobre el Calvario, se postran hoy á vuestros pies, pidiéndoos les alcanceis de Dios una perfecta humildad. Bien conocemos; ó dulce Madre nuestra! que no somos dignos de vuestra proteccion, porque nuestra soberbia ha puesto un muro de division entre nosotros y vuestro santísimo Hijo; pero veni-

mos arrepentidos, con propósito firme de la enmienda, y dolor de haberle ofendido. Usad con nosotros de clemencia, pues detestamos de corazon el pecado, y confesamos públicamente, que solo á Dios es debida la virtud, la fortaleza, la magnificencia, la grandeza, el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.





DIA II.º

HUIDA Á EGIPTO.

Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi, futurum est enim, ut Herodes querat puerum ad perdendum eum.

Matth. II. 15.

Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, donde estarás hasta nueva orden, porque Herodes buscará al Niño para quitarle la vida.

SEÑORES:

Estas palabras intimadas de órden de Dios y por ministerio de su ángel al santo patriarca Josef, al

mismo tiempo que nos dan ocasion de meditar sobre la mansedumbre de Jesucristo, sobre el dolor agudo de su Madre en toda esta jornada intempestiva, y su rara conformidad con las disposiciones del Todopoderoso, nos presentan muy al vivo en la conducta de Herodes los efectos lamentables de la ira, segundo vicio entre los capitales.

¡Torpe razon humana! tú no podrás jamas comprehender cómo el Hijo del Dios fuerte é irresistible, que hizo naufragar al mundo entero y perecer en un diluvio; que destruyó con fuego del cielo las ciudades infames de Pentápolis; que anegó en el mar Roxo á Faraon con sus tropas; que destruyó á los idumeos con serpientes de fuego, y á los exércitos de Senaquerib por la espada de un ángel; cómo, repito, un Dios que toca los montes, y los convierte en humo, y á cuya vista se derriten sus enemigos como cera, ha podido te-